

RESPIRA
Tragicomedia en un acto

MARIO, diez años y, a veces, cuarenta. (Actor adulto).

RENATO, su hermano mayor. Diecisiete años.

PILAR, madre de Renato y Mario.

Entre cuarenta y cuarenta y cinco años.

FELIPE, padre de Renato y Mario.

Entre cuarenta y cuarenta y cinco años.

WALTER, amigo de Mario. Diez años. (Actor adulto).

HERLINDA, abuela de Walter.

Alrededor de setenta años.

PADRE SIMÓN, sacerdote. Alrededor de cincuenta años.

CRISTO, treinta y tres (?) años.

Acción

En Lima y alrededores, mayormente durante el año 1979, con diversos saltos de tiempo.

Escenografía

Inexistente. Los escenarios varían mediante cambios de luces.

Utilería

Un bombo, una cruz grande para Cristo, reclinatorios de confesionario, una camilla de morgue.

Acto único

Luces sobre Mario, vestido con ropa de baño y delante de una supuesta piscina. Le habla al público. Cada vez que se dirija a este, lo hará como adulto, salvo acotación contraria.

MARIO:

Todo, absolutamente todo, es agua. Nuestro cuerpo, el aire que respiramos, los seres que nos rodean, el planeta en que vivimos y, casi con certeza, otros mundos aún desconocidos. Por algo los científicos afirman que solo donde existe agua puede existir vida, aunque siempre se olviden de completar la frase: vida y, también, muerte. Lo de la vida todos los mamíferos lo sabemos, comenzando por el líquido amniótico antes de nacer. Y en cuanto a la muerte, yo lo entendí con claridad una tarde del verano de 1979, en la piscina olímpica de un club en Paramonga, a más 200 kilómetros de Lima, cuando tenía diez años y casi me ahogo.

Luz sobre Renato, también en una ropa de baño estilo años setenta. Se supone que está nadando.

RENATO:

¡Enano!

MARIO:

El que está nadando como un delfín es Renato, mi hermano mayor. Entonces tenía diecisiete años y era campeón de nado libre.

RENATO:

¡Mario! ¡Métete a la piscina!

MARIO:

(Niño) ¡No sé nadar! *(Al público)* Obviamente, él sabe que no sé.

RENATO:

Te sostengo de los brazos y pataleas hasta que flotes.

MARIO:

(Niño) ¡Mentira! Tú me sueltas.

RENATO:

Para que aprendas, pues.

MARIO:

La otra vez me soltaste y tragué agua.

RENATO:

Un poquito, nomás. ¡Miedoso!

MARIO:

¡Cállate!

RENATO:

Anda a la piscina de niños.

MARIO:

¡No!

RENATO:

Ah, te da vergüenza. Ya viste que ahí solo entran los chiquitos menores que tú.

MARIO:

¡Déjame en paz!

RENATO:

Los viejos están en el restaurante. Búscalos.

MARIO:

(Al público) Unos amigos de papá trabajaban en Paramonga y nos invitaron a pasar el fin de semana. Yo nada más quería conocer la fortaleza, ¿qué diablos hacía en una piscina?

RENATO:

Mario...

MARIO:

(Niño) ¡No seas cargosol!

RENATO:

Quédate solo, pues. *(Sale)*

MARIO:

(Al público) No había nadie. Me quedé mirando fijamente el agua en la parte más honda. El reflejo del sol me cegó por un instante. Suficiente para perder el equilibrio.

Luz sobre Pilar.

PILAR:

¿Mario?

MARIO:

Y me hundí. Me hundí hasta el fondo como un ancla o una pie-

dra. En mi angustia por gritar, tragué agua. Las burbujas salían de mi boca. Podía verlas.

PILAR:

¡Renato! *(Renato aparece)* ¿Dónde está tu hermano?

MARIO:

Dicen que los ahogados ven pasar la película de su vida mientras se ahogan. ¿Pero qué película podía ver yo, con una vidita de solo diez años? Apenas un cortometraje. El llanto en mi primer día de colegio. El cumpleaños en el que me regalaron un robot. Cuando los adultos se reían escuchando mi historia del gato que perdió la cabeza por un rabo. Los libros de cuentos con los que aprendí a leer. Los autogoles que metí tratando de jugar fulbito. La Navidad en que no hubo Papá Noel, sino Taita Noel. Mi primer beso con mi amiguita Fátima a los siete años. El olor del chocolate. El planeta de los simios.

RENATO:

¡Estaba acá!

MARIO:

Todo, todo eso pasó en una milésima de segundo. Y, aun así, me sobró tiempo para entender.

PILAR:

¡Marioooo!

MARIO:

Entendí que todo era agua.

RENATO:

¡Mario!

MARIO:

Y de pronto...

PILAR:

¡Socorro!

MARIO:

Renato se zambulló. Me jaló del pelo con tanta fuerza, que quise gritar del dolor. Pero no podía gritar, ni respirar. Aún en la superficie, todo seguía siendo agua.

RENATO:

¡Bota! ¡Botaaaa!

RENATO:

Clavó su rodilla contra mi pecho y estallé como una fuente.

PILAR:

¡Marioooo!

MARIO:

Recién cuando sentí el sabor del cloro, descubrí que no estaba muerto.

RENATO:

¡Respira!

PILAR:

¡Hijito! ¡Dios mío, hijito!

RENATO:

¡Mamá, no lo abracés! ¡Mario, respira!

Luz sobre Felipe, que entra.

FELIPE:

¿Qué pasa, ah?

MARIO:

Ya han conocido a mi madre. Se llama Pilar y es médica pediátrica.

PILAR:

¡Marito casi se ahoga! ¡Tragó mucha agua, puede darle salmonela!

MARIO:

Su especialidad es pronosticar tragedias.

FELIPE:

Uy, chucha.

MARIO:

Felipe, mi padre. Es ingeniero industrial, y su especialidad es...

FELIPE:

¿Cómo así se cayó? Qué huevón.

MARIO:

...estimular mi autoestima.

RENATO:

Mario, ¿pasó?

MARIO:

Solo podía toser. *(Niño, tosiendo)* Sí. Ya pasó. *(Al público)* No era cierto. No pasó nunca.

PILAR:

¡Sigue tosiendo! Qué asco de piscina, ni siquiera está limpia. ¡Bota, bota toda esa agua!

MARIO:

Fue inútil. Me dio salmonela.

RENATO:

(Al público) Mario es demasiado sensible.

PILAR:

(Al público) Es un niño muy inteligente.

Felipe hace un gesto de duda.

FELIPE:

(Al público) Bueno, todavía es chico.

PILAR:

Justamente por eso deberíamos cuidarlo más.

RENATO:

A mí no me riñas. Yo lo salvé.

FELIPE:

Tiene que aprender a nadar, pues.

PILAR:

Qué hablas, si tú con las justas chapaleas como pato.

FELIPE:

Pero no me ahogo.

PILAR:

(Al público) Siempre, de una u otra forma, Renato demuestra que es más hábil y más fuerte. Por suerte, Mario no se da cuenta.

MARIO:

(Al público) Desde que nací, ya sé que Renato es más hábil y más fuerte.

FELIPE:

Es el mayor.

PILAR:

También es más guapo. No es que Mario no sea lindo, pero...

FELIPE:

Traga mucho chocolate y no hace ejercicio.

MARIO:

Es cierto.

PILAR:

Felipe, cállate.

FELIPE:

A Renato le gusta el deporte; y, en cambio, el otro se queda horas mirando televisión y engordando el culo.

PILAR:

Tú tampoco haces ejercicio.

FELIPE:

Yo trabajo.

PILAR:

Cinco horas al día, cuando mucho. El resto del tiempo la pasas metido en tu dichoso partido.

RENATO:

Mamá, no empieces.

PILAR:

Mi amor, ¿ya terminaste de toser?

RENATO:

Enano, párate. No aproveches para engreírte.

PILAR:

Ha podido morirse.

FELIPE:

Pero no se murió. Volvamos a la mesa.

PILAR:

¿Cómo puedes pensar en comer cuando tu hijo casi se ahoga?

RENATO:

Tengo hambre. ¿Qué hay?

FELIPE:

Arroz con pollo, buenazo.

PILAR:

¡Regresemos a Lima!

FELIPE:

¡Carajo!

PILAR:

¿Crees que tengo ánimo para soplarle un día más aquí?

RENATO:

Mamá, déjalo que vea a sus amigos.

MARIO:

(Niño) Yo quiero subir a la fortaleza.

PILAR:

¡“Amigos”! Compinches, dirás.

RENATO:

O camaradas, mejor.

FELIPE:

¡El que llega segundo a la mesa es un burro! (Renato sale corriendo)
¡Hey!

Felipe sale de escena. Pilar suspira y sale. Mario queda solo, otra vez adulto y frente a la piscina, como al principio.

MARIO:

Desde ese día no puedo sumergirme. Soy incapaz de meter la cabeza en el agua sin sentir que me ahogará sin remedio. Y ahora estoy aquí, a mis cuarenta años, en mi primera clase de natación, delante de una enorme piscina. Todos los alumnos son mucho menores que yo, y me siento estúpido. Tan estúpido como hubiera sido morir en Paramonga a los diez años. Pero ya pagué el mes completo, compré unos lentes acuáticos y no tengo más remedio que... ¡no puedo! Siento pánico. Sé que no lograré soportarlo cuando el agua me envuelva. Y Renato no estará.

Oscuro sobre Mario. Luz sobre Felipe, Pilar y Renato. Están en la sala de su casa, año 1979. Música de la época.

FELIPE:

(A Renato) Te aceptaron en el partido.

PILAR:

¡Ay, no!

FELIPE:

Espera cumplir los dieciocho para que te den tu carnet, pero desde ahorita van a darte responsabilidades en la organización de los mítines. Mucho más serias que cuando eras chico.

RENATO:

Viejo, no te molestes, pero...

PILAR:

A ver si el partido todavía existe el próximo año que cumpla los dieciocho.

RENATO:

No sé si quiero seguir en la UDP.

FELIPE:

¿Cómo que no?

Luz sobre Mario niño, que entra jugando con bolero, yo-yó o similar.

MARIO:

(Al público) UDP: Unidad Democrático Popular. Un partido de izquierda, de los muchos que existían a fines de los años setenta.

FELIPE:

(Al público) "Muchos" tampoco, apenas habrán unos quince o veinte. Está el PCP Unidad...

MARIO:

(Paporreteando) Partido Comunista del Perú: el de Jorge del Prado, de los prosoviéticos y amigos de Cuba.

FELIPE:

El PSR...

MARIO:

Partido Socialista Revolucionario, fundado por ex militares velasquistas.

FELIPE:

El PCR...

MARIO:

Partido Comunista Revolucionario. Se juntó con la UDP para las elecciones a la Asamblea Constituyente el año pasado.

FELIPE:

El PS...

MARIO:

Partido Socialista: de un señor Luciano Castillo, en Piura. En Lima casi nadie lo conoce.

FELIPE:

(Con fastidio) El FOCEP, el PST...

MARIO:

Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular y Partido Socialista de los Trabajadores: el de Hugo Blanco, el barbudo que usa una sogá para sujetarse el pantalón.

FELIPE:

A ellos no los cuentas. Son trotskistas.

PILAR:

¿Alguien entiende la diferencia?

RENATO:

(A Felipe) Mencionas solamente a los que participaron en esas elecciones ridículas.

FELIPE:

No fueron ridículas. La izquierda demostró que es la tercera fuerza política del país.

RENATO:

Faltan Bandera Roja, Patria Roja, Estrella Roja, Vanguardia Revolucionaria, Liga Comunista, Movimiento de Izquierda Revolucionario Cuarta Etapa, Movimiento de Izquierda Revolucionario Tendencia por la Reconstrucción, Círculo Marxista de Oposición Proletaria, Frente de Izquierda Revolucionario Obrero Combatiente, Partido Comunista por el Luminoso Sendero de...

PILAR:

¡Basta!

FELIPE:

¿Por qué ya no estás seguro de entrar a la UDP? ¿Con quiénes andas en tu universidad?

RENATO:

Hablemos luego. (*Se va*)

FELIPE:

¿Qué estará pensando?

PILAR:

Los comunistas no piensan. Solo se dividen, como las bacterias: prosoviético, prochino, procubano, procoreano, proalbanés.

MARIO:

(*Niño*) ¿Dónde queda Albania?

PILAR:

Nadie sabe, pero igual aquí friegan.

FELIPE:

(*A Mario*) ¿Por qué tu madre es tan reaccionaria?

PILAR:

(*Al público*) Ni siquiera puedo quejarme, Felipe es digno hijo de su familia. Tercos, excéntricos y orgullosísimos de las tonterías que dicen creer.

FELIPE:

(*Al público*) Todos los Atienza somos de izquierda a mucha honra, desde hace generaciones. Mi abuelo Enrique fue un gran amigo de José Carlos Mariátegui.

PILAR:

Su abuelo Enrique murió de pulmonía por pasar la noche desnudo en un balcón, escondiéndose del marido de su amante.

FELIPE:

¿Y qué? Ser de izquierda no significa ser monje, sino un hombre comprometido con su pueblo.

PILAR:

Ya quisiera "el pueblo" vivir como tú vives. (*Al público*) El año pasado cambiamos de auto, y este mes va a comprarse otro equipo de sonido para escuchar sus canciones horribles de Quilapayún.

FELIPE:

Ser de izquierda no significa ser pobre. Yo aspiro a que todo el mundo tenga lo mismo que yo: una casa decente, un carro, seguros médicos, buena comida, un tres en uno alta fidelidad. ¿Acaso un obrero no tiene derecho a escuchar "La Cantata de Santa María de Iquique" en estéreo?

PILAR:

Tú no tienes la menor idea de cómo vive un obrero. (*Al público*) Creció en un chalet enorme en Pueblo Libre, estudió en un colegio inglés y no tuvo que trabajar hasta que terminó la universidad. El primer pobre que vio, fue el jardinero de su casa.

FELIPE:

Tengo bastante más idea que tú, pequeña burguesa hija de un explotador que vive de la plusvalía.

MARIO:

¿Qué es plusvalía?

PILAR:

La poca ganancia que mi papá — tu abuelito Elías — saca con su tienda de artículos para odontólogos.

FELIPE:

¿Poca? Ya se ha comprado tres casas en Magdalena.

PILAR:

Mejor eso que tu padre, que hasta ahora vive de la fortuna de tu madre.

FELIPE:

Qué me extraña que sea un asqueroso rentista, si tu papá es un católico que pertenece a la hermandad de no sé qué huevada.

PILAR:

Pues gracias a la ayuda de su hermandad, Mario no perderá el año escolar. Le consiguió matrícula en el San José de Savelán.

FELIPE:

¿Un colegio de curas? ¿MI hijo en un colegio de curas?

PILAR:

Sí, ¡y pobre de ti que digas algo, no tienes derecho a criticar!

MARIO:

(*Al público*) Años antes, papá había insistido en matricularme en un colegio experimental que pusieron unos amigos suyos. Estuve hasta tercero de primaria, cuando lo clausuraron al descubrir que en la noche hacían fiestas *hippies* y sembraban marihuana en las macetas.

FELIPE:

¡Me niego a que mi hijo esté en un colegio católico! ¡Los curas van a llenarle la cabeza de caca!

PILAR:

Demasiado tarde. Ya lo matriculé.

MARIO:

Así fue como entré al San José de Savelán en abril de 1979, dos meses después de mi cuasi ahogo en Paramonga. En todo el salón de cuarto de primaria, solo había otro alumno nuevo igual que yo.

Pilar y Felipe se van. Luz sobre Walter. Lleva uniforme único y una lonchera escolar.

WALTER:

Hola.

MARIO:

Se llamaba Walter. No tuvimos más remedio que ser amigos. *(Niño)* Tu lonchera apesta.

WALTER:

Es el huevo duro que me pone mi abuelita. Se abomba con el calor.

MARIO:

¿No tienes mamá?

WALTER:

Trabaja en Estados Unidos.

MARIO:

Tu mamá debe ser reaccionaria.

WALTER:

¿Qué es eso?

MARIO:

Una cosa mala, dice mi papá.

WALTER:

Yo no tengo papá. Tampoco hermanos.

MARIO:

Mira el libro que me regalaron. *(Se lo muestra)*

WALTER:

(Entusiasta) ¡“Para leer al Pato Donald”!

MARIO:

No es de chistes. Es un libro donde te explican que el Tío Rico, el Pato Donald y todos los personajes de Walt Disney son alienantes y están al servicio del imperialismo yanqui.

WALTER:

¿Imperialismo?

MARIO:

Los gringos, pues. Los gringos malos que mandaron a derrocar a Salvador Allende en Chile el año 73, y mandaron a que le corten las manos y la lengua a Víctor Jara. ¿Tú has escuchado a Víctor Jara?

WALTER:

No.

MARIO:

Estaba preso en el estadio después del golpe. Le cortaron las manos y la lengua y le dijeron “ja ver, toca la guitarra y canta si puedes, canta!”. Mi tío Roberto lo contó en un almuerzo delante de toda la familia. Dicen que yo no puedo acordarme porque era muy chico, pero sí me acuerdo. También comimos tallarines rojos con asado. Siempre me acuerdo de las cosas.

WALTER:

A mí, mi abuelita Herlinda me contó de Santa Águeda. Le quitaron toda la ropa, la amarraron a una piedra y le cortaron los senos. Por eso ella es mártir.

MARIO:

¿Le cortaron las tetas?

WALTER:

¡Shht, no se dicen malas palabras! Y a San Lorenzo, lo asaron vivo en una parrilla; y a Santa Bárbara, la engancharon con garfios a una rueda; y a Santa Eulalia, le cortaron todito su cuerpo con hachas calientes, pero de su boca salió el Espíritu Santo en forma de paloma. ¡Ah! Y también le clavaron garfios. Eso es peor que el cantante que dices.

MARIO:

¿Tú coleccionas el álbum “Lo sé todo”?

Walter se queda como ausente durante un momento.

MARIO:

Walter, ¿tú coleccionas “Lo sé todo”?

WALTER:

(Reacciona) ¡Sí! A ver tus repetidas.

Luz sobre el Padre Simón.

PADRE SIMÓN:

Atienza. Landaeta.

MARIO Y WALTER:

Presente, Padre.

PADRE SIMÓN:

En su calidad de alumnos nuevos, son los únicos que todavía no han hecho la Primera Comunión.

MARIO:

Mi papá dice que no la haga.

PADRE SIMÓN:

Tu padre es un ateo condenado a los infiernos. En este colegio es obligatorio recibir a Jesús en el corazón.

WALTER:

Yo sí quiero. El año pasado no pude porque me dio la hepatitis.

PADRE SIMÓN:

Las charlas serán de dos a tres de la tarde después de clases. Mañana deben traer la primera cuota de mil quinientos soles por el uso de la capilla, el libro de catecismo, las flores, el alquiler de la sotana, las estampitas, el cirio bendecido, un afiche de Juan Pablo II y el desayuno. Comulgarán el 30 de agosto, día de Santa Rosa de Lima. De no traer su cuota, corren peligro de expulsión.

El Padre Simón se va. Luces sobre Pilar y Renato en la sala de su casa. Mario niño ante ellos.

RENATO:

(Burlón) ¡Va a comulgar, el enano va a comulgar!

MARIO:

¡No te rías!

PILAR:

Mejor ni le cuentes a tu padre. Mil quinientos soles la primera cuota. ¿Cuántas son?

RENATO:

Vas a comerte a Cristo. ¡Serás caníbal!

MARIO:

Ma, dile a Renato que no fastidie

RENATO:

¡Viejo, el enano se ha vuelto católico y, encima, le cobran!

Renato sale riendo. Pilar lee la lista.

PILAR:

¿Es indispensable que bendigan los cirios?

MARIO:

Ma... ¿es muy malo creer en Dios?

PILAR:

No, mi amor, cómo va a ser malo. Al contrario, es útil para tener un consuelo cuando se sufre. No le hagas caso a Renato y menos a tu padre.

MARIO:

Mi papá y tú se casaron por la Iglesia. Tú guardas la foto.

PILAR:

Si no me casaba de blanco, mis papás se hubieran vuelto locos. Felizmente tu padre soportó la misa calladito. Y cuando tragó la hostia, ¡Dios!, debió abrirse la tierra.

MARIO:

Renato dice que ya estabas encinta de él, que sacó la cuenta y nació seis meses después de la boda.

PILAR:

(Pausa incómoda) Anda a ver televisión.

MARIO:

Ma, ¿cómo era el Padrenuestro? Me he olvidado, y mañana tengo catequesis.

PILAR:

Más tarde rezamos juntos para que te acuerdes.

Pilar le da un beso. Mario se va. Pilar queda sola. Se escucha la canción nuevaolera "La novia".

PILAR:

Si un día descubro algo importante como una vacuna o un reme-

dio, y me convierto en una médica digna de un poco de atención entre millones, entonces me dedicarán uno de esos programas que tanto me gustaban: "Esta es su vida", y por él pasarán todas las personas que fueron importantes para mí. Pero no estarás tú. Sería imposible que aparezcas, empezando porque ni siquiera sé a dónde llamarte. En la primavera de 1960, todos en la universidad queríamos ir a Cuba para ver de cerca la nueva revolución. Todos, menos tú. Felipe te odiaba. Nunca le habías hecho nada, ni siquiera se saludaban al cruzarse en los patios. Pero tenías un Volkswagen nuevo, y era suficiente para su envidia. "Es un pituco idiota", me decía cuando pasabas. "Míralo cómo camina ignorando a todos, como un pavo real". Y yo, obediente, te miraba. Miraba tu ropa fina. Tu pelo bien peinado. Tus manos largas con las uñas cuidadísimas. Tus caderas estrechas y perfectas. Hasta que descubrí que tú también me mirabas. El resto fue bastante más sencillo de lo que imaginé. Es fácil ser infiel. No se abre la tierra, ni te cae un rayo en la cabeza, y, cuando al fin pasa, te preguntas por qué no fue mucho antes. Hacíamos el amor en el asiento trasero del Volkswagen, muertos de risa y con la espalda torcida. Nunca me pediste que termine con él. "Voy a casarme con una chica judía cuando acabe mi carrera", dijiste la última vez, y yo me puse a llorar. "Felipe te quiere y será un buen marido. Qué más puede pedir una mujer". Te di una cachetada. Bajé del auto. Sentí náuseas. No sabía de cuál de los dos estaba encinta. Pero Felipe sonrió y dijo que era un buen pretexto para casarnos de una vez por todas y traer niños socialistas a este mundo. Fue una boda sencilla, por cumplir. Mi vestido de novia era alquilado, y Felipe se la pasó quejándose de que la corbata le ajustaba la manzana de Adán. Cuando el cura preguntó si aceptaba casarme con él, pensé en ti. "Blanca y radiante va la novia". Seis meses después nació Renato, y busqué tus rasgos en su carita, pero no los encontré. Tampoco los de Felipe. Solo el tiempo me confirmó la verdad.

FELIPE:

(Desde interiores) ¡Cholita!

PILAR:

(A interiores) ¿Qué quieres? *(Al público)* Vives en Israel con tu es-

posa, fue lo último que supe. De conocer tu dirección, te mandaría una carta con la foto de mi familia para que veas cómo te obedecí. Una foto de los cuatro, abrazados y sonriendo mirando en dirección a un punto que no existe. "Esta es su vida", diría el anfitrión del programa donde nunca estarás tú. Qué más puede pedir una mujer.

Felipe entra. Lleva una camisa en sus manos.

FELIPE:

¿Me zurces mi camisa?

PILAR:

Felipe, bota eso, por favor.

FELIPE:

¿Botarla? ¿Por qué?

PILAR:

¿No lo ves? Está vieja, pasada de moda, rota.

FELIPE:

¿Y qué? Se puede usar dentro de la casa. No importa si algo está viejo o roto. Siempre sirve para estar en casa.

Felipe le hace un cariño a Pilar, quien solo atina a mirarlo casi con angustia. Ambos desaparecen. En la capilla: luces sobre Mario y Walter cantando al pie de Cristo, inmóvil y crucificado en la cruz.

MARIO Y WALTER:

"Una espiga dorada como el sol/el racimo que corta el viñador/
se convierten ahora en pan y vino de amor/en el cuerpo y la sangre del Señor./Compartimos la misma Comunión/somos trigo del mismo sembrador/un molino la vida nos tritura con dolor/
Dios nos hace Eucaristía en el amor".

MARIO:

¿Por qué "la vida nos tritura con dolor"?

WALTER:

Así es la canción.

MARIO:

¿Por qué el Padre Simón nos deja solos toda la hora y nunca está cuando quiero hacerle preguntas?

WALTER:

Se irá a rezar.

MARIO:

Se va a la cafetería a comer sándwiches. Cuando regresa, huele a cebolla.

WALTER:

¡Shht! No digas eso. Es pecado.

MARIO:

Nadie nos escucha.

WALTER:

(Señalando a Cristo) Nos escucha Él.

MARIO:

Es una imagen de madera. *(Al público)* Aunque a veces parecía querer hablar.

Cristo emite un bufido de fastidio. Solo Mario lo escucha, pero no se alarma. Luz sobre el Padre Simón, que entra.

PADRE SIMÓN:

Ya pueden irse a su casa. Recuerden traer mañana la siguiente cuota.

WALTER:

Todavía no ha pasado el mes.

PADRE SIMÓN:

Es cuota extraordinaria.

MARIO:

Padre Simón... ¿cómo hace Cristo para meterse dentro de una hostia?

PADRE SIMÓN:

No "se mete". Es su espíritu.

MARIO:

¿Y cómo hace su espíritu para entrar en algo tan chiquito?

PADRE SIMÓN:

Jesucristo está en la hostia consagrada y sanseacabó. Es dogma de fe, ya se los expliqué mil veces. No olviden su cuota, y aprovechen nuestra oferta de la Biblia ilustrada con diez por ciento de descuento y, de obsequio, una estampita de la Virgen Dolorosa.

El Padre Simón se va. Mario se acerca a Cristo.

MARIO:

(Al público) Seguro que con Cristo y la hostia debía pasar algo como "El viaje fantástico", una película donde unos científicos eran reducidos al tamaño de microbios, y los metían dentro de una persona para destruir un coágulo. Pero ellos entraban con una inyección, no con rezos. ¿Es que nadie podía explicármelo?

WALTER:

Preguntas mucho, y el Padre se molesta. Vamos a mi casa, mi abuelita me riñe si llego tarde.

Cristo desaparece. En el camino a casa de Walter, Mario le muestra unas revistas pornográficas que lleva en su cartapacio.

MARIO:

Mira lo que traje.

WALTER:

¿Chistes? *(Mirando una revista)* ¡Mario!

MARIO:

Las saqué del escritorio de mi papá.

WALTER:

¿Tu papá tiene revistas de mujeres desnudas?

MARIO:

Se llaman "Zeta". Dice que las fotos no son muy buenas comparadas con las de "Playboy", pero le gusta porque todas las calatas son peruanas.

WALTER:

¿Y tu mamá sabe?

MARIO:

Creo que sí. No le importa.

Luz sobre la severa Herlinda.

HERLINDA:

¿Estas son horas de llegar?

WALTER:

Solo me demoré diez minutos, abuelita. *(Herlinda le jala la oreja)* ¡Auu!

HERLINDA:

Por si acaso hayas hecho alguna travesura y por si acaso la hagas mañana. ¿Quién es él?

WALTER:

Mi amigo Mario. Mario, mi abuelita Herlinda.

HERLINDA:

¿Qué haces en casa ajena? Deberías estar haciendo tus tareas.

WALTER:

Lo invité para ver tus libros de las vidas de los santos.

HERLINDA:

Nunca se llega de visita a una casa con las manos vacías. Que la próxima vez traiga un queque.

MARIO:

Sí, señora.

Herlinda se va.

WALTER:

Ya me hiciste mentir.

MARIO:

(Le muestra la revista) ¡Mira!

WALTER:

¡Mario, esto es pecado! *(Asombrado)* ¿Las mujeres también tienen pelos en su cosa?

MARIO:

Claro.

WALTER:

¿Y si por ver estas fotos te da el chancro?

MARIO:

¿El qué?

WALTER:

El chancro, una cosa horrible con pus que le da a los que hacen cochinas. Mi abuelita dice que es la peor cosa de este mundo.

MARIO:

Mira esta otra.

Walter otra vez queda como ausente un instante.

MARIO:

¿Walter?

WALTER:

(Reacciona mirando) ¿No le duele?

MARIO:

Es "sodomismo". Renato dice que una vez se acostó con una chica que le gustaba con dolor.

WALTER:

También usan garfios. ¡Como los mártires!

MARIO:

Dijo que era una burguesa pervertida y no la vio más. Igual mi papá le dio doble propina para que se compre condones.

WALTER:

Tu familia es bien rara.

MARIO:

Siempre me lo dicen.

Luz sobre Felipe, Pilar y Renato hablándole al público.

FELIPE:

Los niños deben ser criados en total libertad.

PILAR:

Los niños igual se enteran de todo en la calle.

RENATO:

Los niños tendrán que ser reeducados cuando triunfe la revolución.

FELIPE:

No es que Renato me preocupe, pero a veces...

PILAR:

Siento que ya no es el mismo.

RENATO:

He reflexionado mucho acerca de lo que escuché toda mi vida.

FELIPE:

Creo que está perdiendo el sentido del humor.

PILAR:

Habla con demasiada seriedad de cualquier tontería. Y no se quita por nada esas ojotas de llanta que le hacen apestar los pies.

RENATO:

Lo que escuché. Las cosas que viví.

Felipe y Pilar dialogan.

FELIPE:

Es normal que se vista así. Es joven.

PILAR:

¿Y si está en drogas?

FELIPE:

No creo. Conozco el olor a marihuana.

PILAR:

Me consta.

FELIPE:

Hablaré con él.

RENATO:

Demasiado tarde para hablar. El tiempo no retrocede ante la marcha de la historia.

Mario toma la posición del inicio, junto a la piscina.

MARIO:

(Adulto) Cuéntame a mí, Renato.

RENATO:

Ya qué importa.

MARIO:

Importa. Hoy me importa más que nunca, delante de esta piscina en la que no consigo sumergirme. Cuéntamelo todo y ayúdame a entender.

RENATO:

Tú eras inocente.

MARIO:

Tal vez no. Cuéntame.

RENATO:

Yo tenía ocho años y tú apenas sabías caminar. Una noche salimos los cuatro a comer, contigo en tu cochecito. Vivíamos en la

Residencial San Felipe, ¿te acuerdas? Papá se jactaba de conocer los mejores restaurantes de Lima, como todos los Atienza.

FELIPE:

(Al público) Después de tirar, lo más rico es comer.

RENATO:

Fuimos a uno de sus favoritos, un chifa cerca del mercado, por la plaza San José. Papá pidió el banquete para cuatro. Mamá dijo que era una grosería, pero cuando era chifa, si la comida sobraba, podía pedir que se la envuelvan.

PILAR:

(Al público) Nunca desperdicio lo que ya pagué.

RENATO:

Ya había llegado la sopa wantán, la gallina tipakay, el chaufa, el kam-lu, el chanco al ajo. Yo miraba fascinado la mesa repleta de comida, y papá era feliz al verme devorando tantas delicias. De pronto, se acercó a la mesa un niño exactamente de mi edad. No estaba sucio ni parecía lumpen. Solo era pobre. Llevaba en los ojos la mirada del hambre. Una herida en las pupilas imposible de curar en mil años. Se dirigió a papá y dijo: "Maestro, ¿quiere que le haga una recitación?" Usó esa palabra: "recitación". Quería declamar un poema de colegio, o cantar una canción lastimera por una propina. Mamá se incomodó. Miró a papá como pidiéndole "dile que se vaya, Renato se ha puesto nervioso". Papá le dijo "no, gracias, chiquito", y le ofreció una gaseosa. El niño no insistió. Tomó la gaseosa, la guardó en una bolsita de plástico mugrienta y se apartó de la mesa antes de que la dueña lo bote por molestar a la clientela. Me quedé inmóvil. Nadie habló el resto de la cena. Al salir, noté que papá buscó con la mirada al niño a ver si aún rondaba por ahí. Pero ya no estaba. Jamás volveríamos a verlo. Y yo jamás olvidé sus ojos carcomidos por el hambre.

FELIPE:

No me acuerdo de eso.

PILAR:

Yo sí, algo. Me dio pena.

MARIO:

Perdónalos, Renato.

RENATO:

No.

MARIO:

Al menos, perdónate tú.

RENATO:

País de mierda, donde un niño de ocho años pide limosna ante el banquete de unos alienados pequeños burgueses. País de mierda donde unos pocos duermen tranquilos sabiendo que millones esperan las sobras que caen de sus mesas. Si nos sometieran a juicio, y acusaran a mi familia por su indiferencia, tendrían todo el derecho a fusilarnos. Los privilegiados de esta sociedad miserable merecemos el paredón por haber volteado la cara cuando teníamos la obligación de ver. ¿Quieren una recitación? "La sangre derramada jamás será olvidada. El poder nace del fusil". *(Se va)*

MARIO:

(Se tapa los oídos) ¡No!

Ahora, el entusiasta Felipe lleva un bombo típico de manifestaciones.

FELIPE:

¡Renato! ¡Vamos al mitin con tus tíos!

PILAR:

Renato salió.

FELIPE:

(Disimula su preocupación) Ojalá nos dé el encuentro. Después del mitin hay fiesta en "La Máquina del Sabor".

PILAR:

¿Por qué a todos los izquierdistas les fascina la salsa?

FELIPE:

Es genial para bailar. Mejor que Santana.

PILAR:

(Al público) Los sanmarquinos no lo dejaron tocar en su estadio por ser música alienante, según ellos. Luego inventaron que los militares lo habían censurado, pero ellos ni se enteraron de quién era ese pelucón.

FELIPE:

(Al público) A mí, Velasco no me parecía tan malo.

PILAR:

Obvio. Más de la mitad de tus amigos se subieron al carro.

Luz sobre Walter y la indignada Herlinda.

HERLINDA:

¡Era el anticristo!

MARIO:

Señora, no grite.

WALTER:

Te dije que no le hables de política a mi abuelita.

HERLINDA:

¡El anticristo, el demonio, el maligno, el leviatán! Hizo entrar a un indio apestoso al mismísimo Palacio de Gobierno como su gran invitado. Un indio tucto que ni siquiera hablaba castellano. ¡Dónde se ha visto que un presidente haga esas cosas! Bien hecho que ya se murió y está en el infierno.

WALTER:

Va a subirte la presión.

HERLINDA:

Ese día se acabó el mundo. Se acabó la decencia, se acabó el respeto, ¡se acabó el Perú! Por algo nuestro Señor lo puso bien claro en el cartelito arriba de su cruz: ¡INRI!

MARIO:

¿Rey de los judíos?

HERLINDA:

¡No! ¡INRI significa "perdono a todos, menos a los indios"!

MARIO:

(Al público) ¿Es que nadie podía hablarme de Jesucristo con normalidad?

HERLINDA:

Teníamos una hacienda inmensa de caña de azúcar en el norte.

WALTER:

(Al público) Era una chacra chiquita.

HERLINDA:

Velasco nos la expropió para que esos infelices la dejen abandonada y hagan sus borracheras.

WALTER:

A la caña le entró un gusano. Toda la cosecha se malogró, no hubo plata para sembrar más y tuvieron que vender las tierras. Después, mi mamá se fue a los Estados Unidos.

HERLINDA:

INRI: eso dijo nuestro Señor. Y, encima, contagian el chancro.

Herlinda y Walter desaparecen.

MARIO:

¿Es que en ninguna parte encontraría respuestas?

Luz sobre Cristo crucificado en la cruz. Mario se arrodilla a sus pies.

MARIO:

Señor Jesús: yo quiero creer en ti, pero mi papá y mi hermano se burlan, y mi mamá solo se queja de que la Comunión es carísima. Además, en mi casa nunca ponen el Nacimiento en Navidad, aunque tragamos tanto pavo y panetón, que nos pasamos tres días con cólico. Señor, no te vayas a enojar, ¿ya? Pero si, como dice el Padre Simón, tú estás dentro de la hostia —mejor dicho, tu espíritu—, y uno tiene que comerte en la Comunión... ¿significa que después te haremos... no te molestes... te haremos caquita? ¿O es que la hostia va de la boca de frente al alma, y no pasa por el aparato digestivo? Y si es así, ¿dónde queda el alma? ¿En el cerebro? ¿O, de repente, en el corazón?

Cristo despega sus manos. Habla con desenfado.

CRISTO:

Tengo frío.

MARIO:

¿Qué?

CRISTO:

¿Eres sordo? Tengo frío.

MARIO:

No Señor, te has confundido. Es “tengo sed”, una de las siete palabras.

CRISTO:

¡Qué siete palabras ni qué niño muerto! Va a darme pulmonía con este parrabos. Ayúdame a bajar y pásate una frazada.

Mario ayuda a Cristo a bajar y le da una manta.

MARIO:

¿Así está bien?

CRISTO:

Se me han adormecido los brazos. Esa posición es una vaina.

MARIO:

Señor... te estaba diciendo que yo quiero creer en ti.

CRISTO:

¡Ya, bestial! Necesitamos más gente para tomar el templo.

MARIO:

¿Cuál templo?

CRISTO:

¡El templo del sanedrín! Entramos, los degollamos a todos, y para cuando los soldados lleguen, tenemos que haber tomado las calles contiguas para que caigan en la emboscada. La casa de Pilatos quedará desguarnecida e iremos por él. Para la noche no debe quedar un solo romano vivo en toda la ciudad. Esta vez no podemos fallar.

MARIO:

Señor, ¿de qué hablas?

CRISTO:

¡De la insurrección, qué otra cosa va a ser! La vez pasada, Judas nos delató en la víspera y yo terminé ahí clavado. En parte fue culpa nuestra, por no descubrir al soplón a tiempo. Por algo yo desconfiaba de él cuando le encargamos comprar armas. Le dimos treinta y cinco denarios y dijo “solo me alcanzó para cinco lanzas, ocho espadas y quince cuchillos”. ¿Tienes cuchillos? Bien afilados, eso sí. Los romanos son de cuello duro, matarlos es difícil.

MARIO:

¿Van a matarlos?

CRISTO:

No: les vamos a pedir que por favor se vayan por las buenas montados en burro. ¡Niño tonto! ¿Cómo crees que vamos a independizar Palestina? ¿Cantando villancicos?

MARIO:

Pero tú eres Jesús, y eres todo amor.

CRISTO:

¡No, no, no! ¡Otro que se creyó las babosadas de Saulo de Tarsos! Saulo de Tarsos, el que ustedes llaman San Pablo. Ese farsante tiene la culpa de todo.

MARIO:

¿La culpa de qué?

CRISTO:

Éramos un grupo armado listo para iniciar la revuelta que, por fin, nos libere de la tiranía romana. Las cosas salieron hasta el perno, y, años después, Saulo de Tarsos inventó una fábula para convencer a medio mundo de que, por creer en mí, tendrían la vida eterna. Debo reconocer que tuvo talento para convertir a un judío subversivo en hijo de Dios.

MARIO:

¡No! ¡No, no vale! ¡Tú no eres el Cristo de mi Primera Comunión! Tú hablas como el Cristo que dice mi papá.

CRISTO:

Será que él lee, pues. Nadie lee ni quiere saber nada. Saber cansa y, encima, es peligroso. Saulo fue astuto, dijo lo que la gente quería oír. Para lograr la salvación, solo había que bautizarse y prometer ser honrado, ni siquiera hacerse la circuncisión ni dejar de comer chanco. Mucho después inventaron el pesebre, los reyes magos, los Papas, todo eso. Es fácil decir que es bueno ser bueno. Hasta el más bruto entiende el concepto.

MARIO:

Es fe.

CRISTO:

Yo igual tenía fe, pero también tenía espadas. Creo que Lucas escribió algo de eso. *(Suspira)* Ahora sí tengo sed, y un poco de hambre. ¿Qué me preguntabas de la hostia?

MARIO:

Nada. Nada importante.

CRISTO:

¿Te cuento un secreto? Sabe mejor con manjarblanco.

MARIO:

(Al público) Era inútil.

Luces sobre Walter y el Padre Simón. Están en el confesionario. Walter se arrodilla y se persigna.

PADRE SIMÓN:

Ave María purísima.

WALTER:

Sin pecado concebida.

PADRE SIMÓN:

¿Has pecado? ➤

WALTER:

(Avergonzado) Sí, Padre.

PADRE SIMÓN:

¿Qué hiciste?

WALTER:

A veces... me toco.

PADRE SIMÓN:

¿Qué te tocas?

WALTER:

Me toco.

PADRE SIMÓN:

¿Te tocas tus partes?

WALTER:

Sí.

PADRE SIMÓN:

Dilo. Si no lo dices, no es confesión.

WALTER:

Me toco... mis partes.

PADRE SIMÓN:

¿Cuáles partes?

Poco a poco, Walter se siente cada vez más incómodo.

WALTER:

Esas. *(Pausa)* Esas.

PADRE SIMÓN:

Si no lo dices, no es confesión.

WALTER:

Mi cosita. Mi pipilín.

PADRE SIMÓN:

Pene, se dice pene. Repite: me toco mi pene.

WALTER:

Me toco mi pene.

PADRE SIMÓN:

¿Te gusta?

WALTER:

(Confundido) No.

PADRE SIMÓN:

No mientas, mentir es pecado. Dilo.

WALTER:

Me gusta.

PADRE SIMÓN:

¿Te lo jalas o te lo frotas?

WALTER:

¿Qué?

PADRE SIMÓN:

¿Te jalas el prepucio?

WALTER:

¿El qué?

PADRE SIMÓN:

La pielcita, el pellejito. ¿Te jalas el prepucio y después te acaricias la cabecita del pene cuando asoma?

WALTER:

Un poco.

PADRE SIMÓN:

Dilo. ¿Qué te jalas y qué te acaricias?

WALTER:

El prepucio y la cabecita del pene cuando asoma.

PADRE SIMÓN:

¿Te excitas?

WALTER:

No sé.

PADRE SIMÓN:

Mentir es pecado. ¿Te excitas?

WALTER:

Sí.

PADRE SIMÓN:

Y mientras más te excitas, ¿más te sigues tocando?

WALTER:

(No puede más) Padre, ¿ya me puedo ir?

PADRE SIMÓN:

Estamos en confesión. Dilo.

WALTER:

Me sigo tocando.

PADRE SIMÓN:

¿Tu qué?

WALTER:

Mi pene.

PADRE SIMÓN:

¿Cuándo te tocas, te crece?

WALTER:

No.

PADRE SIMÓN:

¿Seguro? Dilo.

Walter ya está al borde de las lágrimas. El Padre Simón empieza a perder ligeramente el control, pero sin exageración.

WALTER:

No me crece.

PADRE SIMÓN:

¿No te crece tu qué?

WALTER:

Mi pene.

PADRE SIMÓN:

¿Cuánto rato te lo tocas? ¿Horas? ¿Toda la noche?

WALTER:

Un ratito.

PADRE SIMÓN:

¡No mientas!

WALTER:

(A punto de llorar) No sé...

PADRE SIMÓN:

Bájate el pantalón.

Walter queda estático, como en una de sus ausencias.

PADRE SIMÓN:

No hay que tener vergüenza, estamos en confesión. Solo si veo el tamaño, sabré cuánto has pecado, y de eso depende tu penitencia. Bájalelo.

WALTER:

(Llora) Padre... por favor...

PADRE SIMÓN:

¿Estás llorando?

WALTER:

Por favor... por favor...

El Padre Simón reacciona: ha ido demasiado lejos. Respira hondo. Se compone, pero tiembla ligeramente.

PADRE SIMÓN:

Seca tus lágrimas. Lloras porque eres un pecador y estás arrepentido. Dilo.

Walter solloza muy bajito.

PADRE SIMÓN:

¡Dilo!

WALTER:

(En un hilo de voz) Estoy arrepentido.

PADRE SIMÓN:

Porque eres un pecador. Un sucio y repugnante pecador. Diez padrenuestros y quince avemarías. *(Le hace la señal de la cruz)* Ave María purísima...

WALTER:

Sin pecado concebida.

Walter se va corriendo. El Padre Simón queda inmóvil, mirando al vacío. Luces sobre Mario y Pilar.

PILAR:

¿Seguro que eso te contó?

MARIO:

Walter no miente ni sabe inventar nada. No le quiere contar a su abuelita porque el Padre Simón toma lonche con ella y son muy amigos.

PILAR:

¡Qué asco!

MARIO:

Hay que denunciarlo, ma.

PILAR:

¿Estás loco? ¡Ni se te ocurra! Cállate la boca y no hables de esto con nadie nunca más. Habría un escándalo, la congregación protegería al cura, ¡y a ti te botan del colegio!

MARIO:

Pero Walter contaría todo...

PILAR:

¡Tu amigo Walter es un cobarde! Lo obligarían a negarlo, y, al final, tú quedarías como un mentiroso. ¡Y dime qué hacemos si te botan del colegio a mitad de año, a ver, dime! El próximo tendrías que repetir, por gusto perderías un año de tu vida, y ese degenerado seguiría haciendo lo mismo en otro plantel, si es que lo trasladan. No vale la pena.

MARIO:

Pero ma...

PILAR:

Eso sí, ¡júrame que si el pervertido te dice alguna cochinada o te pone un dedo encima, le tiras la carpeta encima, lo pateas en la cara con todas tus fuerzas y te vienes corriendo para la casa! Ahí sí que lo denunciemos y lo metemos preso hasta que se pudra. ¡Júramelo! ¡Si te toca un pelo, lo revientas sin la menor consideración!

MARIO:

Te lo juro. *(Adulto, al público)* Esa fue mi gran lección de solidaridad.

PILAR:

No conviene defender a otros. Al final, nadie te defiende a ti, y te dejan solo.

MARIO:

Renato no piensa así.

PILAR:

Por eso me angustia tanto tu hermano, no sé cuándo le pasará la idiotez. Pero tú eres distinto. Tú me saliste mucho mejor preparado para vivir en este mundo. *(Se va)*

Renato aparece. Mario se coloca en la posición junto a la piscina.

RENATO:

¿Ahora entiendes mejor? Zambúlete.

MARIO:

No.

RENATO:

Mamá te lo decía con todas sus letras. ¿Qué más necesitas saber?

MARIO:

Lo que tú me respondas.

RENATO:

Pregúntale a papá.

MARIO:

Tampoco. A él, menos.

Suena "Yo me quedo con todas esas cosas" de Pablo Milanés, o canción similar de trova cubana. Luz sobre el feliz Felipe.

FELIPE:

Un día, por fin conseguí lo que tanto soñaba: ¡viajar a Cuba invitado a un encuentro con representantes de partidos socialistas de América Latina! Fue en junio del 75, poco antes del golpe de Morales. Cuando se abrió la puerta del Aeroflot, la emoción de estar en La Habana casi me derriba. Eso, y los cuarenta y un grados de calor. Nos designaron al compañero Eladio para que se ocupe de nosotros. Él nos llevó al Hotel Nacional en el Vedado, y en la noche fuimos invitados al Palacio de la Revolución: un palacio enorme construido en mármol, lleno de helechos y plantas en los patios interiores, y un salón gigante con una mesa lar-

guísima repleta de comida. Había bandejas de cola de langosta, faisán, chanco asado, pescados, carnes, ¡hasta venado del monte! Por supuesto, todo el ron del universo, y habanos a discreción. Cuando Fidel apareció, yo estaba por mi tercer plato, y casi me atraganto. Era más alto y corpulento de lo que pensamos, y emanaba una autoridad que no parecía de este mundo. Se acercó a nuestro grupo, nos dio la mano mientras hablaba sobre la importancia de la papa peruana, y se fue igual de rápido. Al día siguiente, yo tenía que cambiar algunos dólares. El cambio oficial era noventa y un centavos de peso por cada uno, pero Eladio me dijo que si le compraba un ventilador de veinte dólares en la tienda para extranjeros, él me daría cien pesos. Era un cambio de cinco a uno, excelente. Los cubanos no podían entrar a esas tiendas y... acepté. Total, la revolución no iba a perjudicarse porque Eladio tuviera un ventilador en su casa, ¿no? Al otro día me pidió comprarle champú, maquillaje para su mujer y un bluyín para su hijo —igual, al cambio de cinco pesos—, y siempre quedaba muy agradecido. Solo me ponía un poquitín nervioso que todo sea en secreto y parezca... ilegal. Aunque todos en el grupo lo hacíamos. Queríamos pesos para comprar libros, artesanías, los helados del Copelia, y... y el congreso se acabó en un par de mañanas. Lo importante eran las actividades de confraternidad. Nos llevaron al show del Tropicana, a un paseo en yate por Cojimar, y lo mejor de todo, ¡a Varadero! Allí, Eladio me presentó a la compañera Odalys, una mulata con unas tetas y un culo del tamaño de África. Odalys: como "odalisca", pero sin "ca". Era una batidora en la cama, y con ella pasó más o menos lo mismo. Me cambié pesos por ropa, sostenes. Yo le regalé unos zapatos para su hijita. ¡No era prostituta! Simplemente le caí bien. Nos gustamos. Cosas normales entre adultos. *(Con ligera angustia)* Lo único raro fue que en la gran fiesta por nuestra despedida, escuché que Eladio y Odalys murmuraban entre ellos, mirándonos a todos borrachos de mojitos. "Comemiéldas", decían. "Comemiéldas hijos de puta". Aunque quizá escuché mal. O lo dirían de broma. Todos éramos compañeros, no tenían razón para insultarnos. Eso creo. Fueron las mejores vacaciones... el mejor congreso de mi vida. ¡Viva la amistad socialista! *(Tararea canción del inicio de escena)* Odalys, ¿todavía seguirás en Varadero?

Luz sobre Mario y Cristo mirando un póster con la imagen de Jesús.

CRISTO:

Y este, ¿quién es?

MARIO:

Se supone que eres tú.

CRISTO:

Todos se han propuesto fregarme la reputación. Parece una chica peluda: castaño casi rubio, naricita respingona, barba recortadísima y un peinado que ni la Magdalena cuando se lavaba el pelo. Guapa mujer, valiente, aguerrida. Debería estar acá.

MARIO:

Señor... estoy preocupado.

CRISTO:

Y esa túnica de seda, sin manchas. Como si con esa ropa uno pudiera correr y matar romanos. ¿Qué decías?

MARIO:

Que estoy preocupado.

CRISTO:

Yo también. Estoy craneando una nueva estrategia para tomar la casa de Pilatos, pero mi gente no termina de entender. El más brutito es Pedro: cree que basta con tirarles una red encima, como si los romanos fueran peces. Hablando de comida, ¿tienes vino? La última vez que tomé fue en Caná, ¡qué buen fiestón! Mi pata Lázaro se pegó tal bomba que, cuando lo desperté de su resaca a los tres días, creyeron que lo resucité.

MARIO:

Estoy preocupado por mi hermano.

CRISTO:

¿Embarazó a su novia? Báh, eso pasa en todos los tiempos. Pero ahora hay esa cosa buenísima: la píldora.

MARIO:

Es peor que eso. Él... está pensando en meterse a cosas raras.

CRISTO:

Piña por él, nada podemos hacer. Cada uno elige hacer con su vida lo que le dé la reverenda gana, y buenas noches los pastores.

MARIO:

No digas eso.

CRISTO:

Es lo que llaman libre albedrío. Los obispos Agustín y Pelagio discutieron mucho ese asunto. A Agustín lo hicieron santo y padre de la Iglesia, y, en cambio, Pelagio es un hereje. Ni tengo que decirte que Pelagio me cae mejor.

MARIO:

Pero, Señor...

CRISTO:

Lee, lee acerca del tema cuando crezcas, para que entiendas. Ya te dije, nadie lee, por eso el mundo está como está. Todo por culpa de Saulo de Tarsos. El imbécil se creía griego, odiaba sus raíces. Cuando lo vea, me las pagará todas juntas.

MARIO:

¿Qué pasará con mi hermano?

CRISTO:

Qué manía de la gente por preguntar cuando ya saben la respuesta.

MARIO:

Pero es que yo a él...

CRISTO:

Lo quieres, ya sé. ¿Y qué con eso? El cariño nunca es suficiente para evitar lo inevitable. ¿Cómo va lo de tu Comunión?

MARIO:

Es en dos días. Y hasta ahora no logro...

CRISTO:

¿Qué? ¿No logras qué?

MARIO:

Nada. Olvídalo.

CRISTO:

Necesito plata para comprar armas. Consígueme un cachuelo, ¿tus viejos no querrán un mueble? Un armario, una mesa, sillas. Te hago un buen descuento, pregúntales. Voy a averiguar qué cosa es el *trip*lay.

Cristo se va. Luz sobre Pilar y el ya nervioso Felipe.

PILAR:

Averigüé en la universidad. Ha abandonado todos sus cursos.

FELIPE:

Tendrá dudas vocacionales. De repente quiere cambiarse a la San Marcos.

PILAR:

Podemos mandarlo lejos, aunque él no quiera. ¡Donde mi primo en Colombia!

FELIPE:

No es un paquete, no se dejará. Ahora, la mayoría de edad es a los dieciocho.

PILAR:

Se está perdiendo, Felipe. Ya ni siquiera me habla, apenas me mira a los ojos. Hasta creo que me ha robado plata.

FELIPE:

Es una crisis...

PILAR:

¡Tú tienes la culpa!

FELIPE:

No es mi culpa que se deje lavar la cabeza por otros.

PILAR:

¡Lo reconoces!

FELIPE:

Son otros. ¡Otros! Yo no estoy loco para meterle basura en el cerebro. Yo fui el primero en alegrarme cuando anunciaron las elecciones. El primero en salir a la calle para celebrar que las cosas van a mejorar.

PILAR:

¡Nunca nada va a mejorar! Todo siempre será lo mismo, y no me importa. ¡Lo único que me importa son mis hijos, y por tu culpa voy a perderlo a él!

Pilar desaparece. Luz sobre Renato.

RENATO:

Desde que nací, escucho hablar de lucha armada como el paso previo e indispensable para construir una sociedad verdaderamente justa. Y ahora resulta que hay que ir a votar y hacerle el juego a los reaccionarios.

FELIPE:

No hables como la revista "China Reconstruye". Es un insulto a tu inteligencia.

RENATO:

De nada sirve ser un "intelectual" en esta coyuntura. Mírate. Eres patético.

FELIPE:

Deja de andar con gente peligrosa.

RENATO:

¿"Peligrosa"? ¿Para quiénes?

FELIPE:

Te estás metiendo en problemas, es un grupo demasiado radical. Quieren alzarse en armas y se han unido a los de Huamanga. No te hagas el inocente.

RENATO:

No soy inocente.

FELIPE:

La policía los tiene fichadísimos, en cualquier momento pasan a la clandestinidad. Pueden confundirte.

RENATO:

No se confundirían. Y tampoco me van a agarrar.

FELIPE:

¡Renato, déjate de cojudeces!

RENATO:

Patético. Revisionista. Reaccionario.

FELIPE:

¿Y tú qué eres, mocoso engreído aspirante a terrorista? En tu vida has agarrado una pistola, no sabes disparar. ¡Sé que no serías capaz de matar a nadie, no tendrías valor! Ni siquiera soportas usar botas.

RENATO:

Me iré de tu casa.

FELIPE:

El próximo año habrá elecciones, todavía no están dadas las condiciones para una... *(Renato ríe con sarcasmo)* ¡Renato!

RENATO:

Si fueras consecuente, nos iríamos juntos. Pero eres un cobarde.

FELIPE:

¡Tú no vas a ningún lado!

RENATO:

Impídelo si puedes.

FELIPE:

¡Soy tu padre!

RENATO:

Ya no tengo padre. No lo necesito.

Renato intenta irse. Felipe lo sujeta. Forcejean. Se golpean, se separan. Ambos quedan temblando. Felipe no puede más.

FELIPE:

Tú no. Que otros mueran luchando, ¡tú no!

RENATO:

¿"Otros"? ¿Quiénes?

FELIPE:

¡Los que no tienen nada que perder! Los que no tienen otra salida. Los que ya nacieron hambrientos, fracasados, muertos. Hay millones, gente de sobra para eso. Pero tú, no. Tú eres mi hijo. A ti no puede pasarte nada. A ti no.

RENATO:

Asqueroso burgués.

FELIPE:

Si alguna vez hubiera un cambio, tú tienes que llegar entero para que de frente seas un jefe, un líder, el que dirige a los demás. ¡Yo no te eduqué para que seas carne de cañón!

RENATO:

(Le escupe) Me das asco.

FELIPE:

Morir así no es romántico ni tiene poesía. No hay atardeceres en technicolor, ni música épica, ni últimas palabras en tu agonía. Es sangre, angustia y mierda revuelta, y lo único que te preguntas antes de que todo se apague es "¿por qué?".

RENATO:

Yo sé por qué.

FELIPE:

Si te metes con ellos, fracasarás. No es malo creer en espejismos. Te ayudan a ser mejor persona, siempre que no los confundas con la realidad. En este país, "revolución" es solo el nombre de una galleta.

RENATO:

¡Maldito reaccionario hijo de perra!

FELIPE:

(Desesperado) Yo te dejé leer todos los libros de este mundo. Te acostumbré a escuchar la mejor música. Te llevé a ver las mejores películas. Te enseñé a jugar fútbol, y cómo enamorar a una chica para llevarla a la cama. Te di cien veces más de lo que me dieron a mí. ¿Por qué ahora me haces esto? ¿Por qué me obligas a decir cosas que nunca deben decirse?

RENATO:

La historia me dará la razón.

FELIPE:

No. La historia la escribirán los que te maten.

Renato se va. Luz sobre Mario.

MARIO:

Escuché esa conversación detrás de una puerta. No quise decir nada. Papá, ¿por qué nunca hablamos de lo que pasó?

FELIPE:

No quiero hablar.

MARIO:

Pero yo sí, papá. Yo quería, y tú siempre cambiabas de tema. Me hablabas de cómo vuelan los pájaros. Del sistema solar y los años luz. De los récords en las Olimpiadas. De cómo se construyen los rascacielos. Y yo sólo quería escuchar la verdad.

FELIPE:

¿Para qué? La verdad está sobrevalorada. No sirve, te hace infeliz. ¿Sabías que una mujer en Australia parió nueve niños al mismo tiempo? ¿Que ya se puede pasear en *jeep* por la luna?

MARIO:

No. Quiero saber por qué no puedo sumergirme.

FELIPE:

Ah. Debe ser tu trauma zonzo de la piscina.

MARIO:

No, papá. Es bastante más que eso. Y tú tendrías que entenderlo mejor que nadie.

Felipe desaparece. Luz sobre Walter, que entra vestido con sotana blanca, seguido de Herlinda.

WALTER:

¡Mario! ¡Es hoy!

HERLINDA:

¡Chico malcriado! ¡No corras con la sotana, la vas a ensuciar!

MARIO:

(Al público) Hasta que llegó el 30 de agosto.

Walter ayuda a Mario a ponerse la sotana blanca encima de la ropa. Luz sobre Pilar, que entra.

PILAR:

Mario, ¿estás listo?

MARIO:

Sí.

WALTER:

Estoy nervioso. No me siento bien.

HERLINDA:

(Le jala la oreja) ¡Nervioso por qué, si es un día tan feliz! Debe de ser por el ayuno. *(A Pilar)* Lo único que toma desde ayer es leche de magnesita para limpiar las tripas. *Mario busca con la mirada.*

PILAR:

¿A quién buscas?

MARIO:

¿Papá y Renato no van a venir?

Pilar le hace un cariño con un poco de pena. Herlinda mira a Pilar de pies a cabeza.

HERLINDA:

¿Usted tiene marido? ¿Es divorciada, o qué?

PILAR:

Hay que ser muy ignorante para no saber que los niños necesitan glucosa todas las mañanas. *(A Mario)* Dale un beso a tu abuelito Elías. Le encanta que lo hayas elegido como padrino.

WALTER:

¡La misa va a empezar!

Luz sobre Cristo crucificado y el Padre Simón. Música sacra.

PADRE SIMÓN:

Amados hermanos: para estos niños inocentes, hoy es el momento más importante de sus vidas, porque recibirán a Jesús por primera vez. Abran su libro de misa en la página 42 y cantemos juntos la canción. Los que no lo tengan, significa que no han renovado su libro de este año. Les queda hasta el domingo para acercarse a la parroquia y adquirirlo con el cinco por ciento de descuento. Vamos: todos juntos.

Mario, Walter, Herlinda y el Padre Simón cantan.

“Como granos que han hecho el mismo pan/como notas que tejen un cantar/como gotas de agua que se funden en el mar/los cristianos un cuerpo formarán./En la mesa de Dios se sentarán/como hijos su pan comulgarán/una misma esperanza caminando cantarán/en la vida, como hermanos se amarán”.

PADRE SIMÓN:

¡Bis!

Se supone que Walter, el Padre Simón y Herlinda siguen cantando. Mario se acerca a Cristo.

CRISTO:

¿Quién michi compone estas canciones tan tontas?

MARIO:

Señor, llegó el día de mi Primera Comuni3n.

CRISTO:

Sí, menos mal. Al fin saldremos de eso, meses que me tienen hartos con la cantaleta.

MARIO:

Dentro de un ratito te comeré y entrarás en mi cuerpo.

CRISTO:

¿Podrías decirlo de modo que suene un poco más varonil?

MARIO:

Señor... de repente es la última vez que hablemos.

CRISTO:

Yo también creo. Bueno, fue un gusto.

MARIO:

¿Puedo pedirte algo con todo mi corazón?

CRISTO:

Y dale con los pedidos. ¿Qué?

MARIO:

Que me ayudes.

CRISTO:

¡Mírame bien, niño bobo! ¿Te parece que, clavado acá, estoy en condiciones de ayudar a alguien?

MARIO:

Mi papá y mi hermano pelearon.

CRISTO:

No te preocupes. No volverá a pasar.

MARIO:

¿Eso qué significa?

CRISTO:

No te hagas el inocente. Basta con que leas los panfletos que tu hermano esconde debajo de su cama. Pero ya te dije que si no lees...

MARIO:

¡No me des lecciones, estoy harto de tus lecciones! ¡Quiero que me ayudes!

CRISTO:

¡Vaya! Al fin una reacción. Grita, moléstate, siente rabia. Pero si te quedas solo en la rabia, bien hecho que te friegues como tu hermano. En cambio, si logras vencerla, no tendrás más remedio que pensar, y a ver cómo te arreglas. En la vida, si no pateas, te

acomodas. Lo que tampoco garantiza que seas feliz.

MARIO:

¿Es todo lo que tienes que decirme?

PADRE SIMÓN:

Acérquense los niños que van a comulgar.

CRISTO:

¡Shht! Ya cállate, que ahí vamos.

Mario se pone delante de Walter.

PADRE SIMÓN:

Cuerpo de Cristo.

MARIO:

Amén.

Mario abre la boca y recibe la hostia. Sigue Walter.

PADRE SIMÓN:

Cuerpo de Cristo.

WALTER:

Amén.

Walter queda estático sin abrir la boca, en otra de sus ausencias.

HERLINDA:

¿Qué le pasa?

PADRE SIMÓN:

Abre la boca. Cuerpo de Cristo.

Inesperadamente, Walter cae al suelo y convulsiona.

MARIO:

¡Walter!

HERLINDA:

¡Dios mío! ¡Se le metió el demonio!

Pilar corre a ayudar y levanta un poco la cabeza de Walter para evitar que se golpee con las convulsiones.

PILAR:

¡Un pañuelo, rápido!

HERLINDA:

¡Mi nieto está endemoniado! ¡Está poseído!

PILAR:

¡Calma! ¡Tranquilos!

HERLINDA:

¡Padre, échele agua bendita! ¡La cruz, la cruz!

El Padre Simón le echa agua bendita, estorbando, más que otra cosa.

PADRE SIMÓN:

¡Fuera, Satanás! ¡Aléjate de este crío inocente!

PILAR:

¡No lo sofoquen! *(A Herlinda)* ¿Qué medicamentos toma?
¿Cuándo fue la última vez que convulsionó?

HERLINDA:

¡Virgen santísima, el chancro! ¡Seguro le dio el chancro!

CRISTO:

¡Si serás bruta! ¡Es epilepsia, animal!

PILAR:

¿Toma Epamina? ¿En qué dosis?

HERLINDA:

¡Haga que se despierte! ¡Tiene que comulgar!

MARIO:

(Asqueado) ¡Está botando espuma!

PADRE SIMÓN:

¡Satanás, te ordeno que salgas!

Mario vomita a un lado. Quiere llorar.

MARIO:

¡Vomité! La hostia consagrada, ¡la vomité!

CRISTO:

Báh, no te preocupes. A cualquiera le pasa.

PILAR:

(Repara en Mario) ¡Hijo!

PADRE SIMÓN:

(A Pilar) ¡Lo siento! ¡Solo se puede suministrar una hostia por vez!

PILAR:

(A Mario) ¡Vámonos!

Walter deja de convulsionar. Está aturdido.

HERLINDA:

¡Waltercito! Ya se despertó. ¡Padre, déle la comunión, déle!

PADRE SIMÓN:

No. ¡Se suspende la ceremonia hasta bendecir el templo! ¡Y de ninguna manera se les devolverán las cuotas!

HERLINDA:

¡Velasco tiene la culpa! ¡Es el anticristo!

MARIO:

(Al público) No sé si Walter llegó a comulgar alguna vez. En las vacaciones de verano, su madre volvió de Estados Unidos y se lo llevó para siempre. Prometimos escribirnos, pero no lo hicimos. Al año siguiente, me cambiaron a un colegio laico. El Padre Simón llegó a dirigir el seminario del San José de Savelán. Siempre lo imagino rodeado de novicios. *(A Cristo)* Seguí tu consejo, y me dediqué a leer. Pero nunca más pude rezar.

CRISTO:

Pierde cuidado, volverás a hacerlo cuando seas viejo. Hasta el más ateo reza cuando siente cerca a la pelona. Una última consulta: ¿dónde averiguo cómo se hacen las bombas molotov?

WALTER:

(Cantando bajito, ido) "Compartimos la misma Comunión/somos trigo del mismo sembrador/un molino la vida nos tritura con dolor/Dios nos hace Eucaristía en el amor".

Walter queda mirando al público con expresión de desamparo. Música. Oscuro sobre todos los personajes, excepto Mario, quien se quita la sotana y toma su posición adulta frente a la piscina.

MARIO:

¿Qué pasaría si volviera a caerme en la piscina? A mis cuarenta

años, ¿alguien se tomaría el trabajo de rescatarme? ¿O dejarían que me hunda, como quizá lo merezco? Hoy es sábado, y el lunes debo responder si acepto la dirección de un programa periodístico de mucho éxito que es la peor basura en cuanto a pseudo-periodismo que puedan encontrar en la televisión. Sí, ya sé que basura y televisión casi son sinónimos, pero se supone que debería estar feliz de que me hayan ofrecido un puesto que, según muchos, es lo más alto a lo que puede llegar un periodista: el premio a una carrera nada espectacular que empezó hace veinte años. Los gerentes quedaron sorprendidos de que les pidiera pensarlo. Para ellos, debí aceptar de inmediato, y besándoles las manos. Lo atribuyeron a una palabra que su pobre cerebro es incapaz de entender: escrúpulos. "Olvida tus escrúpulos y decide tener éxito", me dijo uno de ellos. Por eso estoy aquí. Es mi última oportunidad.

Mario mira a Renato saliendo de su casa con un morral.

MARIO:

(Adulto) ¡Renato! *(Niño)* Renato.

RENATO:

Vuelve a tu cama.

MARIO:

¿A dónde te vas?

RENATO:

Dejé una carta. No hagas bulla.

MARIO:

¿Cuándo regresas?

RENATO:

Un día de estos.

MARIO:

Si te quedas, prometo dejarte que me enseñes a nadar.

RENATO:

Igual puedes aprender con otros.

MARIO:

No. Tiene que ser contigo.

RENATO:

No llores.

MARIO:

No estoy llorando.

Renato se acerca a él y le seca con ternura una lagrimita.

RENATO:

¿Por qué siempre tengo que sacarte agua? Enano.

Renato lo abraza. Se va. Mario le habla al público.

MARIO:

Nunca más vi a mi hermano. Papá dijo que era inútil buscarlo. Que mientras más lo hicieran, se escondería cada vez mejor. Mamá dejó de insistir cuando apareció una carta anónima bajo la puerta diciendo que me matarían a la salida del colegio si ella seguía averiguando. Se quedó callada, esperando que algún día pase lo que tenía que pasar. Tres años después, un domingo de 1982, llamaron de larga distancia pidiéndoles ir a la morgue de Ayacucho para reconocer un cadáver.

Luz sobre Pilar y Felipe, contemplando a Renato muerto echado sobre una camilla y cubierto con una sábana.

FELIPE:

Le creció su barba. Siempre se quejaba de que era rala. Yo le decía: ten paciencia, se te pondrá tupida después de los veinte años. Y mira. Acaba de cumplirlos. Ya se le cerró.

PILAR:

No es tu hijo.

FELIPE:

Sí lo es. Es Renato. Es él.

PILAR:

Su carita está intacta. Parece dormido.

FELIPE:

Lo está.

Renato se incorpora y le habla al público.

RENATO:

No confiaban en mí. Mis camaradas creían que me temblaría la mano cuando tuviera que ajusticiar a alguien. Estaba pasando por mi último periodo de prueba. Teníamos que asaltar una comisaría para llevarnos armamento.

FELIPE:

Lo despertaba echándole agua fría cuando no quería ir al colegio. Se levantaba furioso. Quería pegarme y a mí me daba risa. Si le echo agua ahora, ¿se despertará?

RENATO:

Fue a pocos minutos de iniciarse el toque de queda. Los policías descansaban mirando televisión a todo volumen, un programa cómico en blanco y negro. Cuando tuve a uno de ellos frente a frente, no fui capaz de apretar el gatillo. Vacilé. La mano me temblaba. A él no.

FELIPE:

Dicen que fue instantáneo. No le dolió nada.

RENATO:

Papá tenía razón. No hubo últimas palabras, ni música de violines, ni rayos de luz. Una bala en el pecho es un puño seco que te quita el aire de pronto. Ni siquiera alcanzas a ver la película de tu vida, como los ahogados. Lo último que escuché fueron risas grabadas mezcladas con disparos y carajos. Y todo se apagó.

Renato se tiende y queda inmóvil.

PILAR:

La policía nos da la opción de mentir. A ellos tampoco les conviene un atentado en una comisaría.

FELIPE:

No.

PILAR:

En el informe puede quedar que cayó intentando asaltar una tienda, que tenía problemas de drogas.

FELIPE:

No le hagamos eso. Yo diré la verdad.

PILAR:

Como quieras.

Felipe acaricia suavemente los pies de Renato.

FELIPE:

Ya entiendo cuál fue la causa de esto.

PILAR:

¿Cuál?

FELIPE:

Las botas. Él no podía usar botas. Le lastimaban. Y mira, tiene ampollas. Por eso quiso terminar con todo de una vez. Para librarse de las botas.

PILAR:

Es cierto.

FELIPE:

Sé que no es mío, pero no podía ser de nadie más.

Felipe toma la cabeza de Renato y la aprieta contra su pecho. Oscuro sobre ellos. Luz sobre Mario adulto.

MARIO:

Cuando cumplí los diecisiete y entré a la universidad, mis padres se divorciaron amistosamente. Hoy, papá vive en Máncora. Abrió una posada ecológica y tiene una hija —mi nueva hermana menor— con una mujer mucho más joven de una familia de pescadores. Los visito todos los años.

Luz sobre Felipe.

FELIPE:

También asesoro a los pobladores para impedir que los hoteleros privaticen las playas. Si dejas a estos mierdas con su libre mercado, son capaces de privatizar hasta las conchas. Hoy comeré langosta. *(Mirando el horizonte)* Me gusta el mar. Me recuerda a Varadero.

MARIO:

Mamá volvió a casarse con otro pediatra divorciado, igual que ella. Ambos se especializaron en niños autistas.

Luz sobre Pilar.

PILAR:

Los autistas son seres perfectos. Se preocupan solo de sí mismos.

Oscuro sobre Felipe y Pilar, que desaparecen.

MARIO:

En cuanto a mi vida, no ha sido muy emocionante. Se resume a evadir. Evadir problemas. Parejas. Esposas. Hijos. Opiniones. Juicios. Decisiones. Siempre evitando las crisis en nombre de esa vieja sensación que me impide sumergirme. La de ser incapaz de creer.

Luz sobre Renato de pie y con ropa de baño estilo años setenta, como al inicio de la obra.

RENATO:

Ya dijiste todo lo que tenías que decir. Zambúllete.

MARIO:

Me ahogaré.

RENATO:

Hazlo.

MARIO:

Ya no puedes salvarme. No fuiste capaz de salvarte tú mismo.

RENATO:

Tú sí podrás.

MARIO:

Cuando escuchan tu historia, ni siquiera das rabia. Das pena. "A uno de los Atienza le lavaron el cerebro y murió por imbécil dentro de una banda de asesinos". Eso fueron tus camaradas. Un montón de asesinos.

RENATO:

Si te hace sentir superior...

MARIO:

No. Pero yo elegí vivir.

RENATO:

Lo más difícil.

MARIO:

Quiero vivir, Renato. En unos pocos años, habré envejecido. Pero antes, quiero levantarme en las mañanas sin esquivar el espejo. Quiero besar y acariciar un rostro sin sentir que lo contaminó con mi inconsistencia. Olvidar mi estupor. Mi impulso hacia el

vacío. Abandonar los trucos para mantenerme lejos y siempre ignorar la rabia.

RENATO:

Cree en algo, Mario. Cuando crees en algo, los demás te condenan. Pero si no crees en nada, tampoco te perdonan. Cree.

MARIO:

No puedo.

RENATO:

Aunque al principio dudes si es o no correcto, ¡cree!

MARIO:

¡No puedo!

RENATO:

¿A qué le tienes tanto miedo?

MARIO:

A no saber en qué momento se cruza la línea que separa ser práctico de traicionarte. No saber cuándo eres intolerante con los demás, y cuándo eres consecuente contigo mismo. Qué significa ser flexible, y qué significa ponerse en cuatro patas. Cuándo eres inteligente al adaptarte, y cuándo eres un vendido. Cuál es la diferencia entre actuar por convicción y actuar por necesidad. Cómo estar seguro de que nuestras ideas son las correctas. Cómo saber si vale la pena morir o matar por ellas. Cuando decides creer, te juegas el pellejo todos los días de tu vida. Ayúdame.

RENATO:

Empieza por algo.

MARIO:

Dime tú.

RENATO:

Por lo más simple. ¡Por tu nombre, Mario! Nuestro nombre.

MARIO:

Soy un Atienza.

RENATO:

Bien.

MARIO:

Soy un Atienza, y un Atienza jamás se pone de rodillas.

RENATO:

Sigue.

MARIO:

No se arrodilla. Ni suplica. Ni sonríe cuando quiere golpear. Ni reniega de lo que fue o lo que hizo.

RENATO:

Sigue...

MARIO:

Aunque lo crucifiquen.

RENATO:

Sigue...

MARIO:

Aunque al principio siempre tenga miedo.

RENATO:

Sigue...

MARIO:

Aunque pierda lo que más ama.

RENATO:

Aunque est  equivocado.

MARIO:

Aunque est  equivocado.

RENATO:

 Qu  les responderás este lunes?

MARIO:

"Comermieldas".

RENATO:

 Y qué harás después?

MARIO:

No s . Rezar.

Renato alarga la mano en dirección a Mario, pero nunca se tocan.

RENATO:

Vamos, mete la cabeza en la piscina.

MARIO:

 Podr ?

RENATO:

Puedes.

MARIO:

 C mo se hace, Renato?  C mo se hace, hermano?

RENATO:

Es sencillo. Antes de sumergirte, respira profundamente. Respira. Respira. Respira.

Música. Mario mira la supuesta piscina. Cierra los ojos, y, lentamente, inhala hasta que su pecho se llena de aire. Se sumerge. Oscuro rápido.

FIN